

tiéndole un reconocimiento eterno. Os engaáis : ciego é insensible á tamaño beneficio, mira con desden acto tan generoso; conceptúalo una injuria, insulta á su amigo, le reconviene porque ha venido á turbar su reposo, y torna á dormirse con la misma seguridad. Católicos, os estremecéis de semejante fenómeno? Pues ese hombre sois vosotros mismos; sí... *vosotros dormís al borde de la tumba*. Una voz amiga, la voz del sacerdote ha intentado mil veces despertaros de ese letargo de muerte en que os tiene sumida vuestra indiferencia; mil veces os ha dicho : mirád que el camino que seguís, es peligroso; si gustáis de este placer, él os dará la muerte; si consumáis esa injusticia, ella os perderá; si rehusáis reconocer el signo de nuestra redención, él os condenará; si despreciáis la Religion de Jesus, Jesus os despreciará; si buscáis los bienes de la tierra, perderéis indudablemente los del cielo; si aspiráis á los goces mundanales, las lágrimas serán vuestro patrimonio, y luto y desdicha y desesperacion eterna. Todo esto se os ha repetido en millares de ocasiones; y sin embargo no queréis escuchar estas verdades, las despreciáis cual si se os hablase un idioma desconocido, sin parar siquiera vuestra atencion sobre si estas palabras pueden tener algo de real y positivo. ¿No es esto, señores, marchar sobre un abismo, sobre una tierra movediza, cuyo estremecimiento amenaza sepultaros en sus hondas concavidades? ¡Y si al ménos esta impasibilidad comprometiese solamente nuestra existencia! Mas no; las relaciones entre los hombres son tan estrechas, que comprometiéndonos á nosotros mismos, comprometemos tambien la vida de nuestros semejantes : ellos siguen nuestro camino, y este ejemplo funesto ensancha el abismo, en donde los precipita nuestra propia ruína. Un padre tiene hijos á quienes entrañablemente ama; el menor peligro que pueda amenazar sus días, alarma su corazon; nada omite para alejar cualquier obstáculo que pueda poner en riesgo su porvenir en el tiempo. Habládle con todo de la eternidad; ya no es el mismo : la ternura de padre no le permite alarmar la imaginacion de sus hijos. ¿Se trata de hacerles inquirir la veracidad de las terribles amenazas de la Religion? No es todavía tiempo, se dice; y espérase impasible la muerte para saber á qué atenerse acerca del infierno. ¡Error manifiesto, que resalta tanto mas en lo que dice relacion á nuestro eterno porvenir, cuanto que aún en las cosas de mero interes temporal, los

hombres prudentes han seguido siempre una conducta muy diversa, y jamas fiaron al tiempo venidero lo que podian hacer en el presente. Contemplád á Jacob buscando con solicitud á Laban en una tierra extranjera, y veréis que deseando ardentemente conocerle, pregunta, investiga, y sabiendo que era pastor, busca á los que en aquellos contornos apacientan sus ganados, y los examina minuciosamente acerca de cuanto puede contribuir al complemento de sus deseos (1). Josef corre tambien en pos de sus hermanos por vias ásperas y descarriadas, y como desea sinceramente hallarlos, no hay caminante á quien no pregunte, si los ha visto ó sabe el sitio donde apacientan su grey (2). Saúl sale á buscar las jumentas de su anciano padre, y ¿qué no hace, qué no sufre, qué no intenta por hallarlas? Trepas los mas escarpados riscos, atraviesa las mas espesas llanuras, descendiendo á los mas profundos valles, y no satisfecho con esto, dirígese á buscar en el profeta Samuel un oráculo favorable (3). Y por qué? porque mira aquel negocio, en sí mismo tan tenue, como un objeto que exige de él toda su solicitud. Ahora bien, ¿hacemos nosotros otro tanto, cuando se trata de un asunto tan serio y de tanta trascendencia, como es el de nuestro eterno porvenir? Su pensamiento nos ocupa día y noche? á quién buscamos para pedir consejo? á quién preguntamos, para que nos dirija en el áspero y fragoso camino, en la senda estrecha y difícil que solo puede conducirnos á la vida sin fin? Y si nada de esto hacemos, ¿podremos decir con verdad y sin incurrir en una contradiccion monstruosa, que nos ocupamos seriamente de este negocio importantísimo?

Trasladáos, católicos, al desierto donde mora el Bautista, y desde donde enseña á las turbas las eternas verdades. Contemplád la solicitud infatigable con que todos le buscan por aquellas áridas llanuras y sufriendo las mas crueles privaciones. Qué es lo que allí los conduce? ¿Es por ventura una simple curiosidad de ver al precursor del Mesías? No, sino el deseo de saber de él lo que deben practicar para salvarse. Allí van los publicanos y le preguntan : *quid ergo faciemus?* allí van los hombres de negocios y preguntan : *quid ergo faciemus?* allí van hasta los soldados, y todos preguntan : *quid ergo faciemus?* ¿Qué es lo que debemos hacer para salvarnos? (4) No así nosotros, cató-

(1) *Gen. c. 29.* (2) *Gen. c. 37.* (3) *I. Reg. c. 9.* (4) *Luc. c. 3. v. 10.*

licos: si alguna vez, como aquel jóven del Evangelio, hemos preguntado á un confesor, *¿qué haré para conseguir la vida eterna?* ¿ha sido con un deseo sincero de ejecutar sus mandatos, de aprovecharnos de sus consejos, de no omitir medio alguno de cuantos nos propusiere para su consecucion; ó bien nos hemos apartado de su presencia, entregados á una cruel melancolía, tristes, taciturnos, despechados, porque se nos ha dicho que el reino de los cielos no se consigue sin violencia, y que es necesario domar nuestros apetitos, contrariar y enfrenar nuestras pasiones, combatir nuestras perversas inclinaciones, en una palabra, negarnos á nosotros mismos, tomar sobre nuestros hombros la cruz de Jesucristo y seguir sus huellas hasta el fin?

Concluyamos, señores, haciendo reflexion sobre un pasaje de los sagrados Libros, que debe confundir nuestra negligencia en el asunto importantísimo de nuestra eterna salud, al par que nos proporciona una leccion práctica de lo que debemos hacer, si es que sinceramente deseamos nuestra verdadera felicidad.

Enviado Eliezer por su señor Abrahan á la ciudad de Nacor en la Mesopotamia, para proporcionar á su querido Isaac una esposa cual convenia á su rango y cualidades, llega cansado despues de un largo y penoso viaje á la casa de Batuel, donde es recibido amorosamente y con las demostraciones del mas sincero cariño. Todos se apresuran á obsequiar del modo posible á su nuevo huésped: cuál se dispone á aliviarle de sus arneses; cuál se apresura á introducirle á lo interior de la casa; cuál contemplándole extenuado, procura que se le sirvan algunos manjares: *et appositus est in conspectu ejus panis* (1). ¿Pensáis acaso que él aceptará estas ofertas y diferirá un solo momento dar cumplimiento á su mision? No; ántes por el contrario jura que no probará alimento alguno hasta tanto que haya expuesto el objeto de su embajada. Instanle en vano: *Non comedam*, responde, *donec loquar sermones meos* (2); y diciendo, sin quitarse el vestido de camino que trae puesto, sin dar lugar para nada, sin sentarse, de pié comienza á exponer los motivos de su viaje: «Yo soy,» dice, «un siervo de mi señor Abrahan, enviado por él para buscar una esposa digna de su hijo Isaac. El Dios de mi padre me ha conducido á esta region;

(1) Gen. c. 24. v. 33. (2) Ibid.

he visto la hermosura de Rebeca vuestra hija, y la he elegido desde luego para esposa del hijo de mi señor. Ahora bien, si es de vuestro agrado, manifestádmelo en este momento, pues no me es posible dar á mis miembros el menor reposo, hasta haber llenado los designios del que me ha enviado.» De este modo, dice el eruditísimo Lira, manifestaba Eliezer que miraba aquel negocio como de suma entidad, y que absorbía toda su solicitud é interes: *in hoc ostendit habere se negotium sibi impositum cordi.*

Cotejemos ahora nuestra conducta con la de Eliezer, y veamos si en el negocio importantísimo de nuestra salvacion eterna empleamos la misma solicitud y ponemos el mismo interes en no diferirlo un solo momento. Si por nuestra desgracia llegamos á incurrir en alguna culpa grave que sabemos nos hace enemigos declarados de Dios, dignos de su odio y encono eterno, esclavos viles de Satanás y pábulo preparado para las llamas eternas; cuando nos consideramos en este estado lamentable, tan luego como por un efecto de la misericordia del Señor advertimos nuestra desventura, ¿qué hacemos? ¿por ventura decimos como Eliezer: *non comedam donec loquar, etc.*, no descansaré ni probaré alimento alguno, hasta tanto que haya ido á reconciliarme con mi Dios ofendido, manifestando mi culpa al sagrado ministro; iré al momento, y anegado en llanto y traspasado del dolor mas acerbo, imploraré su piedad, le importunaré hasta lograr desarmar completamente su divina justicia? ¿Lo hacéis así, católicos, ó bien envejeciéndoos en una criminal apatía, mirando vuestra desgracia con el mas frio estoicismo, dejáis pasar días, meses y años sin pensar en vuestro eterno porvenir, amontonando cada vez mas tesoros de ira para el dia de la indignacion del Señor?

Si hemos cometido una injusticia atroz contra nuestro prójimo, si hemos mancillado su honor con nuestras viperinas lenguas, si hemos defraudado al pobre lo que de justicia le debíamos, ¿nos volvemos luego á nuestro corazon, meditamos seriamente nuestra maldad, la reconocemos con sinceridad, en una palabra, nos levantamos presurosos diciendo: *non comedam, etc.*, no admitiré reposo ni daré sueño á mis párpados, mientras no me hubiere reconciliado con mi enemigo, mientras no haya satisfecho mi injusticia, mientras no haya restituído aquel honor que mis labios han vulnerado? *non comedam etc.*, no ex-

tenderá sobre mí la noche su manto lúgubre y sombrío, sin que yo haya dado cumplimiento á los deberes que la justicia, la probidad, la Religión me imponen. Ó por el contrario, católicos, ¿nos complacemos en nuestro infortunio y en las desgracias ajenas, y dejando llorar á nuestros semejantes, víctimas de nuestra crueldad, miramos con indolencia los clamores del inocente que pide contra nosotros venganza de aquel, que es el solo justo, bueno, y que da á cada uno su merecido? Y estos gritos no conmueven nuestras entrañas? ¿no nos persigue donde quiera que intentamos ocultar nuestros crímenes, la sombra del que hicimos desgraciado por nuestra culpa?

Por último, señores, ¿en qué fundamos nuestra negligencia, nuestro olvido, nuestro criminal desprecio en todo lo que respecta á nuestra eterna salvacion? La creemos acaso fácil? Trasladáos á los desiertos de Nitria, de Egipto y Tebaida; contemplád aquellos hombres que abandonando sus casas, bienes, comodidades y cuantas proporciones les prometia el mundo, se encerraron en la aurora de su vida en aquellos verdaderos sepulcros; vedlos cómo trabajan infatigablemente en el negocio de su eterna salud: cuál pasa toda la noche insomne en la contemplacion de las cosas celestiales; cuál postrado en tierra derrama raudales de lágrimas para aplacar la indignacion del cielo; este sentado sobre el frio suelo, cubierto de ceniza y ceñido de un áspero cilicio, contempla en el sepulcro que ha de dar reposo un dia á sus extenuados miembros; aquel se hiere continuamente el pecho con una dura piedra y despedaza sus carnes á impulso de la acerada disciplina que le baña en un mar de sangre; aquí uno medita seriamente las verdades eternas; allí otro desprecia el alimento preciso para sostener una vida, que mas bien es una continuada muerte. Piedad! clemencia! compasion! perdon! misericordia! hé ahí los únicos acentos que resonaban en aquel solitario albergue de la virtud. Y todo esto, católicos, lo hacian por salvar su alma, por no exponerse á una eterna condenacion. Muchos de ellos ignoraban los efectos del pecado; los mas habian conservado intacta su inocencia, y sin embargo aún les parecia poco lo que hacian, aún se creian siervos inútiles, aún... en el momento crítico de la muerte temblaban, se estremecian, imploraban la piedad del Señor. Y nosotros en qué pensamos? qué hacemos para salvarnos? ¿Hemos conservado la bella flor de la inocencia, ó la hemos marchitado

mil veces con toda especie de desórdenes? Si esto último hemos hecho, ¿qué esperamos? ¿por qué hemos de permanecer todavía en nuestros crímenes? ¿por qué hemos de exponer nuestra alma querida en manos de nuestros crueles enemigos? Ceguedad funesta! amados oyentes. ¡Los que el mundo llama imbéciles é ignorantes; los que el mundo persigue y acrimina como insensatos, arrebatan el cielo y van á gozar de las delicias eternas, y nosotros apacentándonos con nuestra ciencia, con nuestra ilustracion, con nuestras doctrinas tan bellas como mortíferas, nos revolcamos en el cenagoso lodazal de las mas degradantes pasiones!

No sea así, católicos; todo lo podemos en aquel Señor, que es nuestra fortaleza, nuestra virtud y nuestra recompensa. Su gracia se comunica á todos los que llaman á las puertas de ese padre de clemencia y Dios de toda consolacion. No cerremos pues por nuestra malicia las puertas de su divina misericordia; no seamos del número de aquellos insensatos, de quienes habla Salomon, cuya maldad llegaba hasta tender lazos y redes á su misma alma. Y ¿no seríamos tales, si haciéndonos ilusion á nosotros mismos, nos lisonjeásemos de poder vivir seguros de nuestra salvacion, fundados en las homicidas teorías de hombres incrédulos é impíos, y que ningun caso hacen de su propia alma? No, amados míos, no; entremos dentro de nosotros mismos, y pensemos seriamente desde este instante en este negocio único y solo necesario. *Vade*, os diré con Isaías, *vade, populus meus, intra in cubicula tua, claude ostia tua super te* (1). Vé pues, pueblo mio, enciértrate dentro de tu mismo corazon, consulta tu alma, mira el estado deplorable á que te ha conducido tu indolencia, y apresúrate á romper las duras cadenas y el ominoso yugo del pecado: *solve vincula colli tui, captiva filia Sion* (2). Ah! no miréis con criminal indiferencia esa alma, que tanto ha costado á Jesucristo, esa alma por que tanto ha llorado el Hijo de Dios, esa alma, precio de la sangre adorable del Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo. No te endurezcas, hombre infeliz y desgraciado; ten lástima de esa pobre alma, que ha sido criada para disfrutar una eternidad de delicias. No seas cruel contigo mismo condenándola á ser pábulo de las llamas eternas; y si el número de tus ingratitudes,

(1) *Isai. c. 26. v. 20.* (2) *Isai. c. 52. v. 2.*

si la multitud de tus infidelidades, si la gravedad de tus delitos te detiene, hé ahí al que se ha constituido nuestro redentor, nuestro abogado constante para con su eterno Padre, y que esperándonos sin cesar, sin cesar tambien nos repite que *su tiempo no ha llegado todavía*, porque aún no ha decretado tomar justa venganza del mundo su implacable enemigo y perseguidor; *pero que nuestro tiempo siempre está á punto*, porque interin respiremos, podemos con nuestras obras reparar nuestras pasadas quiebras, y merecer una gloria eterna y una perdurable inmortalidad.

SERMON

SOBRE

LA OBSERVANCIA DE LA LEY.

PARA EL MIÉRCOLES SEXTO DE CUARESMA.

(DE TRENTO.)

Nonne scriptum est in lege vestra?

No está escrito en vuestra ley?

S. Juan, c. 10. v. 34.

Cuando despues de setenta años enteros de una dura esclavitud el pueblo cautivo de Israel partió por fin de las turbias riberas del Eufrates, y fué trasladado por la mano piadosa del Señor á las bellas y deliciosas comarcas de su patria, para respirar otra vez el dulce aire de la libertad; el primero y principal cuidado del sumo pontífice Ésdra fué restablecer en su antiguo vigor la observancia de la divina ley, que por el largo y amistoso trato con los extranjeros estaba por la mayor parte puesta en olvido. Así que, congregado á son de trompeta el dia primero de cierto mes en la plaza mayor todo el pueblo, tomó el pontífice Ésdra en las manos el sacrosanto Libro, y limpiándolo del polvo que lo cubria, empezó con voz alta y clara á leer en un lugar elevado (1): *estas cosas dice del Señor*; á cuyas palabras sumamente estremecido el pueblo, inclinó hasta la tierra su cabeza, y en esta postura escuchó los preceptos siguientes: *Amarás á tu Dios y Señor de todo corazon; no tendrás dioses ajenos; no tomarás en vano el nombre de tu Dios y Señor* (2). Mas al oirlos, reconociendo que habia sido por mucho tiempo un infiel trasgresor de ellos, prorumpió en tan altos y tan do-

(1) II. Esdr. c. 8. v. 4 et 5.

(2) Deut. c. 6. v. 5 et 7. Exod. c. 20. v. 3. et 7.